

BAJO LA CAMA.

A veces, cuando se quedaba en casa de su abuela, Juan tardaba bastante en dormirse. Allí lo acostaban en un cuarto pequeño, lleno hasta los topes de cachivaches. Claro que a él no le parecían cachivaches. Le parecían tesoros, o rescates de algún raro botín de ladrones. Había, entre otras cosas, fotos amarillentas enmarcadas detrás de cristales burbujeantes, empañados de polvo. Pequeños cofrecillos llenos de perlas, broches, alfileres, peinetas. Había un armario enorme de madera negra. Cajas llenas de ropa de las que salían olores perdidos, como arrastrados por una brisa lejana: naftalina, espliego y un olor rancio, a cera de los oídos. Había una ametralladora inutilizada, oscura, maligna que colgaba de la pared desde los tiempos en que su abuelo estuvo en la guerra, entre diplomas y medallas con fechas sin significado. Juan se quedaba contemplándola, sin atreverse a descolgarla, sabiéndola demasiado pesada para sus fuerzas y seguro de que le castigarían si se enteraban. Había una navaja desgastada de puro afilarse a golpe de piedra. Pañuelos. Había una enorme radio de madera que, si la enchufabas, se llenaba lentamente de luces en su interior, se calentaba y, tiempo después, inundaba el aire de voces crepitantes. En la madrugada, las voces parecían llegar desde muy lejos, acompañadas de silbidos y siseos que le hacían pensar en el espacio exterior, en vientos helados, en látigos de fuerza saltando a través de vacíos gigantescos. Alguna vez estuvo horas y horas, horas eternas, girando los enormes botones y escuchando aquellos fantasmas de voces que susurraban en lenguas desconocidas, durante la noche, como él, sin poder descansar.

Junto a la cama, en la pared, había una lamparita, un aplique, una especie de flor del mismo cristal burbujeante y polvoriento que todas las cosas de su abuela, que titilaba con una luz borrosa, amarillenta y cálida. Se encendía y apagaba apretando un divertido

cachivache de madera (una pera, lo había llamado su madre, aunque tenía más bien la pinta de un micrófono) que colgaba de un cable. Claro que él no la apagaba por gusto. Cuando cesaba de golpe el rumor de la televisión, las zapatillas susurrantes de la abuela sonaban por el pasillo. Luego había un rechinar de muelles y, entonces, su voz desdentada flotaba despacio a través de la puerta:

- Apaga la luz, tesoro. Es hora de dormirse.-

Sólo entonces la apagaba. A regañadientes. Porque, apretar la pera significaba la oscuridad. Por mucho que dejara abiertas las cortinas para que la luna inundara el cuarto, significaba la oscuridad.

Y en la oscuridad, había *cosas*.

En cierto modo, la luna era peor. La luz plateada era una mentirosa. Te hacía creer que podías *ver* a tu alrededor, pero, en realidad no veías nada. Solo te *parecía* que podías ver.

Y era entonces cuando las *cosas* se movían.

Muuuuy despacio. Muuuuy silenciosas. Juan se quedaba acostado, quieto, rígido. Clavaba los ojos en los rincones, respirando despacito, a pequeños sorbos, para no hacer ruido. Pero lo único que podía ver era un mar de puntos grises, negros, azules, que se arremolinaban, como niebla, como mosquitos, para formar figuras y sombras que cambiaban cada vez que se descuidaba un poco.

Aguantaba así unos minutos, sujetando la pera entre los dedos sudorosos y, de golpe, encendía de nuevo la luz. De alguna forma, las *cosas*, habían adivinado sus intenciones y habían desaparecido.

- ¿Qué te pasa, cielo? -

- Tengo sed, abuela.

Muelles. Zapatillas. Grifo. Y la abuela aparecía cansada con su bata y un vaso grueso y grande de cristal lleno de un agua fría con regusto de piscina.

- Mira que, todas las noches lo mismo. Ahora querrás hacer pis.-

- Sí, abuela.-

- ¡Jesús! ¡qué cruz de niños!.-

Juan iba al váter, consciente de que, después, ya no habría excusas. Después, la luz tendría que apagarse definitivamente y la noche extendería sus zarpas sobre él.

- Juan, apaga la luz y duérmete ya, caramba, si no quieres que me enfade de verdad.-

- Sí, abuela. Hasta mañana.-

- Que descanses, tesoro.-

Clic. Durante unos momentos, el negativo del abrigo que colgaba detrás de la puerta brillaba en sus ojos. Luego volvía a ser negro. Al rato, dejaba de ser un abrigo. Las sombras se retorcían sobre él. Muy lentamente, brotaban unos bultos que cambiaban de forma. Susurros inaudibles. Por la ventana, llegaba el rumor inquieto de un coche. La figura oscura de la puerta ya no colgaba. Estaba de pie, un poco, solo un poco más cerca de su cama. Inmóvil como una serpiente. Pequeños puntos brillantes le miraban con fijeza carnívora.

Juan sentía las manos sudorosas, cubierto hasta el cuello por las sábanas, las mantas, la colcha. La pera dormía sobre la almohada, muy cerca de su cara. Pero Juan *sabía* que, como intentara asomar un dedo, como siquiera *pensara* demasiado fuerte que iba a hacerlo, la cosa que le observaba en silencio se movería. Y entonces ni su abuela podría hacer nada para salvarle.

A lo mejor, se decía, podría coger la ametralladora. Giró los ojos despacio, sin dejar de vigilar atentamente a la cosa. Pero la ametralladora también había cambiado. Ahora era

una especie de cruce entre lagarto y araña que alzaba hacia él una cabeza estrecha, maligna y fría. Y, lo que era peor, bajaba poco a poco por la pared.

Por el rabillo del ojo podía ver que, debajo de la ventana, las sombras reptaban, más densas. A la luz de la luna, la oscuridad cobraba sustancia. Adquiría consistencia, peso. Incluso olor. Un olor muerto, como a mermelada, o a fruta podrida. Juan estaba seguro de que si pudiese intentar meter la mano en la sombra, se encontraría con una masa plástica, pegajosa. Asfalto o barro oscuro. Y, eso sí, *helado*.

Pero la única regla, el único truco, era no moverse, no mover un dedo. No asomar por encima de la colcha nada más que los ojos, sin hacer ningún ruido, respirando despacio, por la boca, confiando en que las cosas no le sintieran. Y había una regla por encima de todas ellas: *jamás asomar la mano por el borde de la cama*. Porque de todas las cosas que, en la oscuridad, rondaban por la habitación buscándole, la peor de todas ellas, la Reina de las Pesadillas, aquella de la que ni siquiera se atrevía a imaginar su aspecto, acechaba bajo la cama. Sus garras heladas llenas de garfios y pinchos tan sólo esperaban ese descuido para arrastrarle hacia un horror de dientes amarillos, cortantes, de tiburón y de ojos verdes, luminosos y *totalmente locos*.

La manta plateada de la luna barría la habitación, girando mucho más despacio aún que la aguja corta del reloj. No notaba que se moviera. Pero, a poco que se distrajera un instante, había cambiado de sitio. Ahora iluminaba de lleno a la figura encapuchada que se había acercado a los pies de su cama y que extendía un dedo, una garra, un tentáculo (algo que se retorció nervioso como un millón de gusanos) señalándole. A su muda orden, la puerta del armario, con un ligerísimo roce, había empezado a abrirse. Una barra de negrura espiaba desde su interior, tratando de sorprenderle. Juan cerró los ojos, temiendo que su brillo pudiese traicionarle. Los múltiples ruidos de la noche formaban, a su modo, un manto de sonido que también giraba y formaba remolinos con vida

propia, bajo los que se escondían los susurros, los chasquidos, los murmullos, las palabras quedadas de las cosas que bailaban por su cuarto, de manera que no pudiese entenderlas. Pero hablaban, claro que sí. Y además, hablaban de *él*. Acercándose.

Entreabriendo muy poco los ojos, lo mínimo, miró hacia el armario. Ahora la puerta estaba más abierta. Lo bastante como para que alguna cosa hubiese podido salir por la abertura. Algún horror viscoso, babeante, que ahora se estaría deslizando furtivo hacia su cama.

Cinco figuras negras se erguían en torno a él, altas y amenazadoras. Una sexta estaba surgiendo de las manchas de la pared, a su derecha. Extendían sus zarpas agusanadas sobre él, para entregar su carne y su sangre al demonio tenebroso que reinaba bajo la cama...

-¡¡¡ABUELA!!!- gritó, al tiempo que temblando de horror encendía la luz.

La lamparita formaba un círculo de normalidad a su alrededor. Colcha. Silla. Cajas. Armario. Pero más allá se extendían las sombras. Sobre ellas flotaba (podía notar como si unos brazos invisibles estuviesen empujando contra la luz) un grito enojado: se había saltado las reglas.

Debía morir.

A través de la puerta, los ronquiditos de la abuela, profundamente dormida, dijeron a las sombras que se encontraba sólo. Que nadie podría protegerle.

Enchufó la radio.

La lamparita parpadeó dos veces.

Y se apagó.